

Es causa de la resurrección de los cuerpos, y por esto mismo Ruperto Abad (1), la denomina: *Manjar con cuya virtud resucitarán los cuerpos muertos*; San Basilio (2), *Cuerpo Santo que da vida* y Salmerón (3) *Trigo con que florece nuestra carne*.

En cuánto sacrificio es designada la Divina Eucaristía por S. Hilario (4): *Perpetua oblación de la Redención humana* y por S. Dionisio Areopagita (5): *Ofrenda común de todo el mundo*. Ella es nuestra defensa contra todo mal y principalmente contra los enemigos de nuestra fe, debido á lo cual, no dudaron llamarla; S. Paulino (6): *Pan que atormenta á Satanás*; S. Damián (7): *Sangre de la que tiemblan los demonios*; Ruperto (8): *Muro de la iglesia fortísimo*, y San Ignacio mártir (9): *Medicamento contra todos los males de la Iglesia*.

La sacratísima Eucaristía es, según las mismas Escrituras, lo más bello y lo mejor que poseen los arcanos del Altísimo, y el más pingüe tesoro de la Iglesia. Ella es encomiada por S. Cipriano (10): *Honor de la Iglesia*; por S. Crisóstomo (11): *Hermosura de la esposa del Cordero*; y por todos: *Sol, Vida, Esperanza y Fortaleza*. Pero basta con lo expuesto para nuestro propósito.

Mi objeto era hacer ver que el Divino Sacramento del Altar, más que ningún otro asunto, ha ocupado la atención y devoción de los sagrados escritores.

(1) Lib. VI in Joan. (2) In liturg. (3) Tom. 9. in Ps. 71. (4) Hom. 5 pasch. (5) De ecclesias. hierarch. 2. (6) Cap. 9. (7) Cap. 23. (8) Apud Alex. (9) Cap. 14. (10) Lib. I, cap. 10. (11) Hom. 45 in Joan.

CAPÍTULO III

La Eucaristía y el Antiguo Testamento Sus emblemas

Fué traza especial de la Providencia divina manifestar en todos tiempos sus grandiosas operaciones después que las hubo anunciado por medio de figuras hermosísimas. Para dar lugar á la fe y á la esperanza de los pueblos, no quiso descubrir sus misterios de una vez sola, antes bien iba descubriendo poco á poco el tupido velo que los envolvía, logrando de este modo estimular las ansiedades del hombre por conocer en todos sus detalles al que era el Deseado de las naciones. Un Misterio como el de los altares, profundísimo en su esencia, debería con mayor razón estar sujeto á tan estrechas leyes, y las Sagradas páginas se encargaron, desde un principio, de comprobar esta verdad. En efecto; admira el Divino Texto cuando, muchos siglos antes de la Redención, nos señala con detalles minuciosos el tiempo y el lugar en que debería nacer el Salvador; las excelentes cualidades del Verbo encarnado, su vida, su pasión, su muerte y resurrección, figurando además con propias alegorías todos estos grandes sucesos que deberían verificarse en la plenitud de los tiempos; y la adorable Eucaristía, que forma el acontecimiento divino más grandioso que vieron los siglos ¿no debería estar prefigurada abundantemente, siendo así que Ella constituye el eje incommovible sobre el que gira toda la Religión Cristiana? Para la Santa Eucaristía quiso el Omnipotente ser pródigo en emblemas, multiplicándolos

á medida que los tiempos se sucedían, pues ya que para creer este augusto Sacramento se necesita gran dosis de fe, era asimismo preciso que muchos y diversos emblemas prepararan el terreno con objeto de que asentásemos firmemente á su creencia.

Nuestro deber está en examinarlos.

I

Las Sagradas Escrituras aducen en primer lugar el *Arbol del Paraiso*. Las analogías de este fecundo árbol con la bella Eucaristía no pueden ser ni más admirables ni más perfectas. En efecto; el árbol del Paraiso fué producido en tierra virgen para sustento de nuestros primeros padres; y Jesucristo Sacramentado fué concebido en las puras entrañas de una Madre Virgen, para sustento espiritual de los cristianos. El árbol del Paraiso producía doce generosos frutos al año, cada mes el suyo, para recrear con su agradable variedad, sirviendo sus hojas para la salud de las gentes; y la Eucaristía produce asimismo doce ópimos frutos que son los del Espíritu Santo, concediendo uno ú otro ó también todos, según las necesidades particulares del alma, recreando á ésta con tanta variedad de excelentes dones que la devuelve sana y salva. El árbol del Paraiso conservaba al primer hombre inmortal; y la Eucaristía le conserva igualmente inmortal á la vida de la gracia y de la gloria. El árbol del Paraiso aprovechaba tan solamente mientras Adán y Eva vivieron inocentes; y la Eucaristía sirve únicamente á los que en pureza de conciencia la reciben. El árbol del Paraiso contenía la virtud, la suavidad y el gusto de todos los demás árboles paradisiacos; y la Eucaristía contiene mejor todavía la virtud de todos los demás auxilios de salvación, pues es compendio de las maravillas del Eterno; y la suavidad espiritual, pues es Manjar de ángeles; y el gusto del alma, pues en sentir del profeta, aunque está escondida, es indecible. Finalmente, el árbol del Paraiso se hallaba únicamente en este delicioso huerto; y la Eucaristía no existe fuera de la Iglesia de Jesucristo.

El cristalino río que, partiendo del lugar de delicias se repartía en otros cuatro arroyos secundarios, es un perfecto símbolo del augusto Sacramento, porque así como aquél regaba y fecundizaba admirablemente las plantas y árboles del terrestre Paraiso, así, dice Cornelio Alápide, la Eucaristía hace germinar, riega y fecundiza las virtudes en nuestra alma para que no languidezcan, ni se marchiten, antes por el contrario, se abran, florezcan, produzcan fruto y formen un jardín admirable ante Dios y la Iglesia (1).

Jesucristo Sacramentado fué representado en el justo *Abel* quien, siendo pastor sencillo, ofrecía al Eterno las mejores de sus reses, agradando tanto al Señor estos finos holocaustos, que sus perfumes subían sin interrupción al cielo: de la misma manera que Nuestro Divino Salvador, pastor humilde de los cristianos, ofrece diariamente á su Excelso Padre los preciosos holocaustos de su propio Cuerpo y Sangre, siendo sus aromas tan fragantes que por éstos el Eterno perdona á los hombres sus pecados.

El *Arca de Noé* fué fabricada especialmente para preservar á éste y su justa familia de las tormentosas aguas diluvianas; y la Sagrada Eucaristía no fué instituída sino para preservar á los hombres de las torrenciales aguas de la concupiscencia y para salvarles del horrible naufragio del pecado.

En *Melquisedec* rey de Salem y sacerdote del Altísimo hallamos, asimismo, una hermosísima figura de Jesucristo Sacramentado, quien es también Rey de reyes al propio tiempo que Sacerdote eterno. Melquisedec carece de padre y madre y genealogía, ni tiene antecesor ni sucesor en el sacerdocio; y Jesucristo no tiene padre en la tierra, ni madre en el cielo, ni antes ni después de Él hay quien ejerza la dignidad sacerdotal por excelencia eternamente. Melquisedec presenta pan y vino á Abraham que viene victorioso de la reñida lucha con Codorlahomor; y Jesucristo ofreció á su Padre el pan y vino eucarísticos cuando su Padre hubo conquistado el mundo por medio de su Hijo.

(1) Comment. in Genes.

Abraham é Isaac se nos presentan en el teatro histórico-bíblico para ofrecernos un nuevo símbolo de Jesucristo Sacramentado. Abraham obedece prontamente el mandato de Dios que le intima inmolarse su propio hijo, complaciéndose el Señor en su perfecta obediencia y no permitiendo que la llevase á cabo; y Jesucristo obedece cuanto antes las órdenes del Altísimo que le intiman ser inmolado millares de veces en el altar santo, complaciéndose extremadamente el Padre en la ciega obediencia de su Hijo. Isaac está dispuesto á ser inmolado cuantas veces ordenare Abraham; y Jesucristo dispuesto se halla todos los días para ser sacrificado por amor á los hombres.

Fué también adecuado símil del Divino Cordero Sacramentado, el *Cordero Pascual* que debía ser sacrificado por los hebreos el día 14 de la luna de Marzo por la tarde; y la Eucaristía fué instituída precisamente en estos mismos día y hora para sacrificio de los pueblos. Ordenado estaba que el cordero pascual no tuviera mancha alguna; y Jesucristo Sacramentado es más limpio que las puras claridades del sol. Estaba vedado que los huesos del cordero pascual fuesen quebrantados al probarlos; y ciertamente Jesucristo Sacramentado, aunque comido por los cristianos, es tomado todo entero sin poder ser dividido ni descoyuntado. El cordero pascual debía ser comido con ciertos requisitos: los judíos estarían de pie, ceñidos los lomos y con un báculo en las manos; y Jesucristo Sacramentado ha de ser comido estando los cristianos de pie firmes en la fe, ceñidos los lomos con la castidad y pureza y dispuestos para partir á la eternidad. El cordero pascual era comido luego que los hebreos hubiesen tomado lechugas amargas; y Jesucristo Sacramentado es recibido después que el cristiano ha macerado su cuerpo con penitencias. El cordero pascual debía ser comido de prisa; y Jesucristo Sacramentado ha de ser recibido con el fuego ardoroso de la caridad. El cordero pascual últimamente era indefectible señal de la suspirada libertad de los israelitas; y Jesucristo Sacramentado constituye la señal fiel de la libertad perfecta de sus hijos. ¿Queremos todavía

encontrar un emblema más bello y perfecto? El maná nos lo dirá.

Era el *Maná* cierta substancia alimenticia semejante á los granitos blancos de escarcha, que el Hacedor supremo depuró á los hebreos peregrinantes por el desierto. Esta nutritiva substancia y sus ricas propiedades constituyen un adecuado símbolo eucarístico que precisa explicar. En efecto: El maná era una comida excelentísima, providencial y admirable; y la Eucaristía es una comida sobresubstancial, maravillosa y divina. El maná servía para satisfacer el hambre de los israelitas peregrinantes; y la Eucaristía sirve para satisfacer el hambre del alma que peregrina por este mundo. El maná era recogido todas las mañanas antes que el sol apareciera por las cumbres; y la Eucaristía es recibida de buena mañana antes que el sol de las ocupaciones derrita con su calor las buenas disposiciones del comulgante. Cuando era recogido el pan del cielo, unos tomaban más cantidad y otros menos; pero ¡cosa rara! después de medidas las porciones resultaban siempre iguales; y cuando es recibido el verdadero Pan bajado del cielo, por mas que unos, como el sacerdote, reciban doble especie y otros, como el simple lego, reciban una sola, todos, empero, comen con la misma abundancia y en todos se derrama la misma gracia divina. El maná era blanco y limpiísimo y Jesús Sacramentado es hermoso y escogido entre millares. El maná contenía toda variedad de gustos exquisitos, fortificaba y conservaba la vida; y la Eucaristía es más dulce que la miel y más rica que el panal, fortifica el espíritu, porque es Pan de fuertes; y conserva la vida del alma de tal manera, que quien comulga con frecuencia debidamente se desliza con tranquilidad por este mundo sin cometer pecados graves. El maná no eximía de la muerte temporal; y la Eucaristía, aunque tampoco la impide, es, sin embargo, prenda segura de la vida eterna. El maná, finalmente, dejó de concederse, una vez los israelitas obtuvieron el galardón en la tierra prometida; y la Eucaristía no se nos concederá más, una vez que el Señor nos recompense con el cielo.

Moisés vió al Señor en una gran zarza que ardía sin consumirse, y, acercándose para contemplar este raro prodigio, oyó la voz de Dios que le decía: «*No te acerques sin descalzarte, porque el lugar que pisas es santo;*» en cuya célebre visión se nos revela un perfecto símbolo de Jesucristo sacramentado, porque el Misterio donde se halla presente realmente ¿qué es sino la zarza eucarística envuelta en llamas de caridad infinita que nunca se extinguen y desde la cual nos intima el Señor á los hombres: *No os acerquéis sin descalzaros* de los pecados porque este lugar donde Yo estoy es por esencia santísimo?

En el Testamento Viejo hay una descripción litúrgica tan hermosa y brillante que toda ella no es más que un artístico cuadro donde se nos pinta á grandes rasgos el culto eucarístico que los católicos tributamos al Dios de los altares. Constituye un símbolo tan incomparable de la Sagrada Eucaristía que precisa declararlo en todas sus circunstancias. Es el *Tabernáculo de la ley mosaica*. Consistía en una especie de rico pabellón que se dividía en tres partes: primero, el *Átrio* externo donde oraban los legos y estaba fijado el altar de los sangrientos holocaustos; segundo, el *Santo*, donde estaban la mesa de los blancos panes de la proposición, el altar de los olorosos perfumes y el luciente candelero de oro con sus siete candilejas que ardían constantemente delante del Arca; tercero, el *Santo de los santos* que guardaba el Arca de la alianza con el respetuoso propiciatorio y los alados querubines, conteniendo además aquella, como en sagrado depósito, el imponente Decálogo grabado en las dos tablas de la Ley, el vaso del exquisito maná y la prodigiosa vara de Aarón. Todos estos objetos litúrgicos de la ley mosaica y cada uno de ellos por separado vienen á ser los pregoneros del Misterio de nuestros altares. Vayamos por partes. ¿Qué es el *Átrio* externo donde oraban los simples legos sino el plano del cuerpo de nuestros templos donde ora el pueblo ante la magestad de Jesucristo Sacramentado? ¿Qué es el altar de los sangrientos holocaustos sino el perfecto símil de nuestros altares donde se inmola diariamente al Cordero inma-

culado? ¿Qué es el Santo donde se conservaban los panes de la proposición, sagrados por su destino y con suma veneración custodiados, sino el bello emblema de nuestros sagrarios en los que se conservan las Sagradas Hostias, con grande respeto custodiadas? ¿Qué vienen á ser el altar de los olorosos perfumes y el luciente candelero de oro, sino el verdadero bosquejo de nuestros altares con el incienso perfumados y nuestras antorchas ante el tabernáculo encendidas? En el Arca de la alianza ¿quién no descubre la Custodia del Sacramento Santísimo? Ciertamente que sobre el Arca se destacaban con fuerte colorido el respetuoso propiciatorio y los alados querubines, pero no es menos cierto que en la Sagrada Custodia eucarística existe el verdadero propiciatorio, Cristo Jesús, quien nos oye, mejor que Dios oía en la ley mosaica á los hebreos, y desde el que despacha favorablemente nuestras súplicas, como también se hallan presentes los santos querubines cortejando á su Rey inmortal. Ciertamente que para el culto de la ley antigua se empleaba el oro purísimo, la púrpura brillante, la grana dos veces teñida, el lino finísimo, las piedras preciosas, los aromas exquisitos, los aceites destilados, las luces ordenadas, todo con mucho cuidado, con grande esmero y con perfección suma arreglado; pero no es menos cierto que para el culto de nuestros altares eucarísticos se emplean también todos estos requisitos, perfeccionados ya con la devoción, el fervor y el arte cristianos.

Si el tabernáculo antiguo con sus partes es un símbolo acabado de la Santa Eucaristía, no lo es menos el *Sacerdocio de Aarón* prelude del sacerdocio católico. Lo era en sus ornamentos sagrados y en algunas de las disposiciones relativas á su ejercicio. En efecto: muchas vestiduras sagradas que usa la iglesia en sus funciones religiosas, como la tiara del Pontífice sumo, la mitra de los obispos, el cíngulo de los ministros, las túnicas de diversos colores y, en cambio del racional, el pectoral de los prelados eclesiásticos, son idénticas á las de los sacerdotes de la ley mosaica. Asimismo, el sacerdocio de Aarón era acabado símbolo del sa-